

Con estas injurias enconados mas los ánimos, todos se apercibieron á la pelea. Los del Conde ocuparon por la noche el monte que dominaba el campamento del Cid; y al rayar el dia embisten atropelladamente, dando gritos furiosos. Rodrigo, puestas sus tropas á punto de batalla, sale de sus tiendas, y se arroja á ellos con su ímpetu acostumbrado. Ya ciaban, cuando el Cid, caido del caballo, quebrantado y herido, tuvo que ser llevado á su tienda por los suyos; y este accidente restableció el equilibrio. Mas lo que en otras ocasiones hubiera sido causa de una derrota, lo fué entonces de la victoria. Los invictos castellanos siguieron el impulso dado por su General, y arrollaron por todas partes á los franceses y catalanes: gran número de ellos fueron muertos: cinco mil quedaron prisioneros, entre ellos el Conde y sus principales cabos; y todo el bagaje y tiendas cayeron en manos del vencedor.

Berenguer fué llevado á la tienda de Rodrigo, que, sentado magestuosamente en su silla, escuchó con semblante airado las disculpas y humillaciones abatidas del prisionero, sin responderle benignamente, y sin consentirle sentarse. Ordenó á sus soldados que le custodiasen fuera; pero tambien mandó que se le tratase espléndidamente; y á pocos dias le concedió la libertad. Tratóse luego del rescate de los demas cautivos. En los principales no hubo dificultad; pero ¿qué habian de dar los infelices soldados? Ajustóse, sin embargo, su liber-

tad por una suma alzada, y partieron despues á recogerla á su patria. Parte de ella trajeron, presentando sus hijos y parientes en rehenes de lo que faltaba. Mas Rodrigo, digno de su fortuna y de su gloria, no solo los dejó ir libres, sino que les perdonó todo el rescate. Accion excesivamente generosa; pues en la situacion á que sus enemigos le habian reducido, su subsistencia y la de su ejército dependia enteramente de los rescates, de los despojos y de las correrías.

La suerte, al parecer, mejoraba entonces sus cosas para volver á Castilla. Alfonso marchaba contra los almoravides, que habian ocupado á Granada y buena parte de Andalucía. La Reina Doña Constanza y los amigos del Cid le escribieron que sin detenerse viniese á unirse con el Rey, y le auxiliase en su expedicion, pues de este modo volvería á su favor y á su gracia. Sitiaba el castillo de Liria cuando le llegó este aviso; y aunque tenia reducida aquella fortaleza á la mayor extremidad, levantó el sitio al instante, y marchó á toda prisa á juntarse con el Rey. Alcanzóle en el reino de Córdoba junto á Martos; y Alfonso, oyendo que venia, salió á recibirle por hacerle honor. Uno y otro se encaminaron á Granada: el Rey colocó sus tiendas en las alturas, y el Cid acampó mas adelante en lo llano: lo cual al instante fué tenido á mal por el rencoroso Monarca, el cual decia á sus cortesanos: *ved cómo nos afrenta Rodrigo: ayer iba detras de nosotros como si estuviese cansado,*

*y ahora se pone delante como si se le debiese la preferencia.* La adulacion respondia que sí; y era por cierto bien triste la situacion de aquel noble guerrero, el cual no podia ni ir detras ni ponerse delante, sin que moviese un enojo, ó motivase una sospecha.

Los berberiscos no osaron venir á batalla con el ejército cristiano; y Jucef, que estaba en Granada, salió de ella, y partió al África, donde el estado de sus cosas le llamaba. Alfonso se volvió á Castilla siguiéndole Rodrigo: al llegar al castillo de Úbeda, el Príncipe dió rienda á su enojo disimulado; ultrajó al Cid con las palabras mas injuriosas, le imputó culpas que no tenían realidad sino en su encono y en la envidia de sus enemigos; y las satisfacciones, en vez de aplacar su cólera, la avivaban mas á cada momento. Rodrigo, que habia sufrido con moderacion las injurias, sabiendo que se trataba de prenderle, miró por sí, y se separó una noche con los suyos del real castellano.

No es posible comprender bien este ódio tan enconado y constante en un Príncipe de las prendas de Alfonso. Llamado liberal por sus mercedes, y bravo por su valor; justo en su gobierno, y atinado en sus empresas; comedido y moderado en la fortuna, firme y esforzado en la desgracia; el primero de los Reyes de España, y uno de los mas ilustres de su tiempo por su poder, su autoridad y su magnificencia; no sufría junto á sí á un héroe, el mejor escudo de su estado, y el mayor azo-

te de los moros. ¿Era envidia, era preocupacion, era venganza? La obscuridad de los tiempos no lo deja traslucir; pero las circunstancias con que esta aversion ha llegado á nosotros, la presentan como injusta, y es una mancha indeleble en la fama de aquel Monarca.

Muchos de sus compañeros abandonaron entonces al Cid por seguir al Rey: y él, triste y desesperado ya de toda reconciliacion con su patria, se entró en las tierras de Valencia, con ánimo probablemente de adquirir allí un establecimiento donde pasar respetado y temido el resto de sus dias. Con este objeto reedificó el castillo de Pinnacatel, le fortificó con todo cuidado, y le proveyó de víveres y armas para una larga defensa. Desde allí el terror de su esfuerzo y de su fortuna le sometió á todos los régulos de la comarca. Zaragoza, invadida por el Rey de Aragon, le debió, como en otro tiempo, su salud, pues en consideracion á Rodrigo, hizo la paz aquel Príncipe con ella. Despues, ensoberbecido con esta consideracion y con la prosperidad que guiaba sus empresas, volvió su ánimo á la venganza, y quiso humillar á su mayor enemigo.

Era este Don García Ordoñez, Conde de Návara, Comandante en la Rioja por el Rey de Castilla: la segunda persona del estado por el lustre de su casa, por su enlace con la familia Real, por sus riquezas y por sus servicios; pero envidioso, enconado con el Cid, atizador del ódio que el Rey

1094. le tenia, y causador de sus destierros. Rodrigo, pues, entró en la Rioja como en tierra enemiga, taló los campos, saqueó los pueblos, persiguió los hombres: ¿qué culpa tenían estos infelices de los malos procedimientos del Conde? pero siempre los errores y pasiones de los Grandes vienen á caer sobre los pequeños. El Cid irritado, no escuchando mas que la sed de venganza que le agitaba, siguió adelante en sus estragos, y Alberite, Logroño y la fortaleza de Alfaro tuvieron que rendirse á su obediencia. Don García, que vió venir sobre sí aquel azote, juntó sus gentes, y envió á decir á su enemigo que le esperase siete dias: él esperó; mas las tropas del Conde, al acercarse, se dejaron vencer del miedo, y no osaron venir á batalla con el campeón burgalés.

Satisfecho su enojo, y rico con el botin, dió la vuelta á Zaragoza, donde supo que los almoravides se habian apoderado de Valencia; y entonces fué cuando concibió el pensamiento de arrojarlos de allí, y hacerse señor de aquella capital. Valencia, situada sobre el mar, en medio de unos campos fértiles y amenos, bajo el cielo mas alegre y el clima mas sano y templado de España, era llamada por los moros su paraiso. Pero este paraiso habia sido en aquellos tiempos bárbaramente destruido por el mal gobierno de los árabes y sus divisiones intestinas. Fué siempre considerada como una dependencia del reino de Toledo, y en tiempo de Almenon gobernada por Abubeker, con tal ma-

durez y prudencia, que los valencianos, cuando murió este árabe dijeron: *que se habia apagado la antorcha y escurecido la luz de Valencia*. Hiaya, hijo de Almenon, reinaba en Toledo cuando Alfonso la ocupó; y uno de los partidos que sacó al rendirse, fué que los cristianos le pondrian en posesion de Valencia, donde se creía que Abubeker, acostumbrado al mando, no se le querria dejar. Pero Abubeker falleció entonces, y Hiaya, siendo admitido pacificamente á la posesion del reino, con él entraron de tropel todas las calamidades. Manda mal ordinariamente y es peor obedecido aquel que perdiendo un estado se pone á gobernar otro. Hiaya, aunque bien acogido al principio por los valencianos, no tardó en manifestar la flojedad de su espíritu y la inconstancia de sus consejos. La autoridad y las armas del Cid, cuyo amigo y tributario se hizo, le habian salvado de los dos Reyes de Denia y Zaragoza, que quisieron arrojarle de Valencia. Pero no pudieron librarle del ódio de sus súbditos, ya mal dispuestos con él, y mucho mas cuando vieron la cabida que daba á los cristianos, y los tesoros que les repartia, acumulados á fuerza de tiranía y de vejaciones odiosas. Viendo, pues, ocupado al Cid en su expedicion de la Rioja; entraron en consejo los principales ciudadanos, y siguiendo el dictámen de Abenjaf, alcaide que era de la ciudad, resolvieron llamar á los almoravides, que á la sazón habian tomado á Murcia. Vinieron ellos, y ocupada Denia, se pusieron delante

de Valencia, que á pocos días les abrió las puertas. El miserable Hiaya, sin consejo y sin esfuerzo, quiso á favor del tumulto salvarse del peligro; y abandonando su alcázar, á cuyas puertas ya arribaban el fuego sus enemigos, huyó disfrazado vilmente en traje de muger, y se acogió á una alquería. Allí fué hallado por Abenjaf, que sin compasión alguna le cortó la cabeza, y mandó arrojar á un muladar su cadáver, haciendo tan triste fin el Monarca de Toledo y de Valencia por no saber ser hombre ni ser Rey.

Entre tanto la fama de esta revolucion llegó al Cid, que irritado de la muerte de su amigo, y de que los cristianos hubiesen sido expelidos de Valencia, juró vengar una y otra ofensa, y apoderarse de todo. Dirigióse allá, ocupó el castillo de Cebolla ó Juballa, ya muy fuerte por su situación, pero mucho mas con las obras que hizo construir en él; y en aquel punto estableció el centro de sus operaciones. Llegados los meses del estío salió con sus gentes, sentó sus reales junto á la ciudad, destruyó todas las casas de campo, y taló las mieses. Los moradores, afligidos de tantos estragos, le pedían que cesase en ellos: él les puso por condición que echasen de Valencia á los almoravides; pero ellos ó no podían ó no querían, y se volvieron á encerrar y á fortificarse.

Jucef, en cuyo nombre estos árabes desolaban las partes orientales de España, le había intimidado insolentemente que no entrase en Valencia. Pero

Rodrigo, acostumbrado á despreciar la vana arrogancia de los Reyes, despues de volverle en su carta insulto por insulto, publicó en todas partes que Jucef no osaba salir de África de miedo; y sin intimidarse por los inmensos preparativos que disponía contra él, estrechó el sitio con el rigor mas terrible. Rindiósele primeramente el arrabal llamado Villanueva, y despues embistió el de Alcudia, mandando que al mismo tiempo una parte de sus soldados acometiese á la ciudad por la puerta de Alcántara. Defendíanse los valencianos como leones; y rebatidos los cristianos que asaltaron la puerta, se les redobló tanto el ánimo, que la abrieron y dieron sobre sus enemigos. Entonces el Cid, formando de los suyos un escuadron solo, revolvió sobre el arrabal, y sin dejar descansar un momento ni á moros ni á cristianos, les dió tan riguroso combate, fué tal la mortandad y el pavor que les causó tan grande, que empezaron los de dentro á gritar: *paz, paz*. Cesó el estrago, y quedó la Alcudia por el Cid, que, usando benignamente de la victoria, otorgó á los rendidos el goce de su libertad y de sus bienes.

Pero mientras los dos arrabales, por su reducción y el buen trato del vencedor con ellos, gozaban de la mayor abundancia, la ciudad, al contrario, se veía reducida al mayor estrecho por la falta de todas las cosas necesarias á la vida. Constreñidos al fin por la necesidad sus moradores, ofrecieron echar á los almoravides de allí y entregar-

se á Rodrigo, si dentro de cierto tiempo no les venian socorros del África. Con estas condiciones consiguieron treguas por dos meses, en cuyo término partió el Cid á hacer algunas correrías en los contornos de Pinnacatel, donde encerró todo el botin que habia cogido, y despues pasó á las tierras del señor de Albarracin, y las estragó todas en castigo de habersele rebelado aquel moro.

Pasado el tiempo de las treguas, y no habiendo venido el socorro de Jucef, intimó á los valencianos el cumplimiento de lo pactado; pero ellos se negaron á rendirse, fiando en el auxilio que todavía aguardaban. Vino con efecto un ejército de almoravides á sostenerlos; pero ya fuese por miedo, ya por mala inteligencia con los sitiados, ya por causas que se ignoran, estos árabes nada hicieron, y se desbandaron, dejando á Valencia en el mismo aprieto que antes.

Valor y constancia no faltaban á sus moradores. Desbarataron con sus máquinas las que el Cid asestaba contra ellos; rebatiéronle en los asaltos que les dió; y hubo dia en que precisado á recogerse en un baño contiguo á la muralla para defenderse del diluvio de piedras y flechas que le tiraban, los sitiados salieron, le cercaron en aquel baño, y le hubieran muerto ó preso á no haber tomado el partido de aportillar una de las paredes, y romper por la abertura con los que le acompañaban. Mas la hambre espantosa que los affligia era un enemigo mas terrible que las armas del

Campeador: seguro de domarlos por ella, habia mandado que se diese muerte á todos los moros que se saliesen de Valencia, y obligado por fuerza á entrar en la plaza á los que, con ocasion de la tregua, estaban en el campo y en los arrabales. Agotados todos los mantenimientos, apurados los manjares mas viles y asquerosos, caíanse muertos de flaqueza los habitantes por las calles; muchos se arrojaban desesperados desde los muros á ver si hallaban compasion en los enemigos, que, cumpliendo el decreto del sitiador inflexible, les daban muerte cruel á vista de las murallas para escarmentar á los otros. Ni la edad ni el sexo encontraban indulgencia; todos perecian, á excepcion de algunos que á escondidas fueron vendidos para esclavos. Al ver el uso abominable que el hombre hace á veces de sus fuerzas, al contemplar estos ejemplos de ferocidad, de que por desgracia ni las naciones ni los siglos mas cultos están exentos, las panteras y leones de los desiertos parecen mil veces menos aborrecibles y crueles. Al fin, perdida la esperanza de socorro, el tirano Abenjaf rindió la plaza á condiciones harto moderadas; pero él no consiguió libertarse del destino que le perseguia. La sangre de Hiaya gritaba por venganza, y su asesino pereció tambien trágicamente de allí á pocos dias, ya por el ódio de los suyos, ya por mandato del Cid, que quiso castigar de este modo la alevosía hecha á su antiguo amigo <sup>1</sup>.

1094.

<sup>1</sup> Estas muertes trágicas de los Régulos de Valencia se

Así acabó Rodrigo aquella empresa, igual á la conquista de Toledo en importancia, superior en dificultades, y mucho mas gloriosa al vencedor. Toledo habia sido sojuzgada por el Rey mas poderoso de España, con cuyos estados confinaba, y auxiliado de las fuerzas de naturales y extrangeros. Valencia, rodeada por todas partes de morisma, socorrida por el África, llena de pertrechos y de riquezas, fué vencida por un caballero particular, sin otras fuerzas que las tropas acostumbradas á seguirle. Mas lo que parecia temeridad, y lo fuera sin duda en otro que en él, fué resolverse á mantener aquella conquista, á pesar de las enormes dificultades que lo contradecian. Para ello lo primero á que atendió fué á establecer una buena policía en la ciudad, de modo que cristianos y moros se llevasen bien entre sí. La crónica general contiene en esta parte particularidades preciosas, que es lástima desterrar entre el cúmulo de las fábulas que refiere del Cid. Él prescribió á los suyos el

cuentan de muy diverso modo en la Historia de los Árabes. Primeramente son dos los Hiayas de que allí se habla, y no uno solo; y ambos mueren sucesivamente peleando contra los almoravides en defensa de Valencia. La muerte de Abenjáb es harto mas triste: al año de la toma de la ciudad por el Cid, y cuando estaba mas seguro por las capitulaciones, fué preso de repente con toda su familia, y despues llevado á la plaza pública, donde por mandado de su inhumano vencedor se le enterró hasta la mitad del cuerpo, y así fué quemado vivo en venganza de no descubrir los tesoros que los Hiayas habian dejado. Véanse los capitulos 21 y 22 de la *Historia de los Arabes* por Conde.

porte cortés y honroso que debian tener con los vencidos, de modo que estos, prendados de aquel trato tan generoso, decian *que nunca tan buen hombre vieron, ni tan honrado, ni que tan mandada gente trajese*. Gobernólos por sus leyes y costumbres, y no les impuso mas contribuciones que las que anteriormente solian pagar. Dos veces á la semana oía y juzgaba sus pleitos. *Venid*, les decia, *cuando quisiéreis á mí, y yo os oiré; porque no me aparto con mugeres á cantar ni á beber, como hacen vuestros señores, á quienes jamas podeis acudir. Yo, al contrario, quiero ver vuestras cosas todas, y ser vuestro compañero, y guardaros, bien como amigo á amigo, y pariente á pariente*. Volvió despues la atencion á los cristianos; y temiendo que, ricos con la presa que habian hecho, no se desmandasen, les prohibió salir de Valencia sin su permiso. La principal mezquita fué convertida en catedral, y nombró por obispo de ella á un eclesiástico llamado Don Gerónimo, á quien los historiadores hacen compañero de aquel Don Bernardo, que fué colocado en la silla de Toledo despues de ganarse esta ciudad á los moros.

En vano el injuriado Jucef intentó por dos veces arrancarle la conquista enviando ejércitos numerosos á destruirle. Los berberiscos, acaudillados por un sobrino del mismo Jucef, fueron ahuyentados primeramente de las murallas de Valencia con las fuerzas solas del Cid, y derrotados despues completamente por él y Don Pedro, Rey de Ara-

gon, en las cercanías de Játiva. Estas dos victorias y la rendición de Olocau, Sierra, Almenara, y sobre todo de Murviedro, plaza antigua y fortísima, acabaron de asegurar á Valencia, que permaneció en poder de Rodrigo todo el tiempo que vivió. Su muerte acaeció cinco años despues de la conquista de aquella capital, que aun se mantuvo todavía casi tres por los cristianos bajo la autoridad y gobierno de Doña Jimena. Mas los moros, libres ya del terror que les inspiraba el Campeador, vinieron sobre ella, y la estrecharon tanto, que á ruegos de la viuda de Rodrigo tuvo Alfonso VI que acudir á socorrerla. Los bárbaros no osaron esperarle; y él, considerada la situación de la ciudad y la imposibilidad de conservarla en su dominio por la distancia, sacó de allí á los cristianos con todos sus haberes, entregó la población á las llamas, y se los llevó á Castilla.

Dejó el Cid de su esposa Doña Jimena dos hijas, que casaron una con el Infante de Navarra, y la otra con un Conde de Barcelona: algunas memorias le dan tambien un hijo, que murió muy jóven en un combate que su padre tuvo con los moros cerca de Consuegra. El cadáver de Rodrigo fué sacado de Valencia por su familia al retirarse de allí, y llevado solemnemente al monasterio de San Pedro de Cardeña, junto á Burgos, donde aun se ve su sepulcro, que es siempre visitado por los viajeros con admiración y reverencia.

Tal es la série de acciones que la historia asig-

na á este caudillo entre la muchedumbre de fábulas que la ignorancia añadió despues. Todas son guerreras; y su exposición sencilla basta á sorprender la imaginación, que apenas puede concebir quién era este brazo de hierro que, arrojado de su patria, con el corto número de soldados, parientes y amigos que quisieron seguirle, jamas se cansó de lidiar, y nunca lidió sino para vencer. Escudo y defensa de unos estados, azote terrible de otros, eclipsó la magestad de los Reyes de su tiempo, pareciendo en aquel siglo de ferocidad y combates un númen tutelar que, adonde quiera que acudiese, llevaba consigo la gloria y la fortuna. Los dictados de *Campeador*, *Mio Cid*, *El que en buen hora nació*, han pasado de siglo en siglo hasta nosotros como una muestra del respeto que sus contemporáneos le tenían, del honor y ventura que en él se imaginaban. A primera vista se hacen increíbles tantas hazañas y una carrera de gloria tan seguida. Mas sin que el Cid pierda nada de su reputación, la incredulidad cesará cuando se considere que casi todas sus batallas fueron contra ejércitos colectivos, compuestos de gentes diversas en religion, costumbres é intereses, la mayor parte árabes afeminados con los regalos del país, uno de los mas deliciosos de España y del mundo. Desgracia fué de Castilla privarse de semejante guerrero: su esfuerzo y su fortuna, unidos al poder del Rey Alfonso, hubieran quizá extendido los límites de la monarquía hasta el mar,

y la edad siguiente viera la expulsión total de los bárbaros. La envidia, la calumnia, un resentimiento rencoroso lo estorbaron; y las hazañas del Cid, dándole á él renombre eterno, no hicieron otro bien al estado que manifestar la debilidad de sus enemigos.

## GUZMAN EL BUENO.

Reinaba en Castilla Alfonso el Sábio, y era ya el tiempo en que la suerte había convertido las glorias de sus primeros años en una amarga série de desventuras. Fué la señal de ellas su viaje á Francia en demanda del imperio de Alemania; pues aunque había arreglado las cosas para que en su ausencia no padeciese el estado, todos los males se desataron á un tiempo para desconcertar las medidas de su prudencia. Los moros de Granada rompen las treguas ajustadas con él, y llamando en su ayuda á Aben Jucef, Rey de Fez, inundan la Andalucía, llevándola toda á fuego y sangre: Don Nuño de Lara, Comandante en la provincia, muere en una batalla: el Príncipe heredero, Gobernador del reino, fallece en Villareal; y el Arzobispo de Toledo Don Sancho, que salió con un ejér-

ADORES CONSULTADOS. Zúñiga, anales de Sevilla.—Mondejar, memorias de Alfonso el Sábio.—Mariana.—Crónicas de Don Alonso, Don Sancho su hijo, y Don Fernando su nieto.—Crónica de la casa de Medinasidonia por Pedro de Medina.—Ilustraciones á la casa de Niebla por Pedro Barrantes Maldonado, obra inédita.—Historia de la dominación de los árabes en España, por Don José Conde.